

La luna resplandece sobre el Maipo, plateándolo. En un recodo del río, sentados sobre la oscura arena o sobre las gordas piedras que las aguas vienen lavando y puliendo desde hace siglos, cantamos, mejor dicho, oigo cantar a veinte niñas. Las voces parecen también, a fuerza de ser infantiles, plateadas, finas, casi celestes. Me abstengo de meterme en el coro, pues entre aquellas voces tan suaves, la mía, gruesa, discordante, voz de fumador, parecería la de un perro irrumpiendo en medio de un concierto de tencas nuevas.

El río tiene también su voz y su canción, monótonas una y otra, pero persistentes, antiguas, con notas profundas a ratos, cuando ruedan, sobre las gruesas piedras del fondo, otras, más livianas, arrastradas por la corriente.

CELICH UC

Noche a orillas del Maipo, río poco romántico, sin Loreley y sin boteros rubios; río de escarpadas orillas, de desabridas aguas arenosas; río guapo y sin historia, hijo de empinados ventisqueros. Las voces se elevan temblorosas junto a tí, como temiéndote, llenando de inauditas modulaciones tu abrupto cauce.

Júpiter refulge sobre los picachos de Punta de Damas. ~~Reflejo alum-~~  
~~brado de la luna.~~ Una neblina muy tenue, azulada por la luna, llena todo el cajón del Maipo. Quisiera pensar en algo transcendental o profundo, pero no puedo; el río se me impone y toma toda mi atención. Veo surgir, del recodo, su gran lengua helada, color de chocolate, que se hincha y enrespa en los sitios en que hay rocas y que resbala suavemente en las partes limpias y hondas. El canto, por otra parte, --ballad, gitanos, ballad --, me rodea y me impide escaparme de su círculo melódico. Hay que entregarse, pues, al río y al canto, a la voz de la tierra y a la voz de los niños. No hay nada más que hacer en esta noche.